

Deyanira, canto de guerra y paz

Coronel Luis Alberto Villamarín Pulido

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Deyanira canto de guerra y paz
© Luis Alberto Villamarín Pulido
© Ediciones Luis Alberto Villamarín Pulido
Tel 9082624010
New York City USA
www.luisvillamarin.com
Email:
lualvipu@hotmail.com, lualvipu@latinmail.com
info@luisvillamarin.com, lualvipu@gmail.com
Actualización octubre de 2019
ISBN- 9781538071106

Sin autorización escrita del autor, no se podrá reproducir este libro ni parcial ni totalmente, ni en ninguna de las formas impresas o electrónicas, de audio u otros medios de comercialización de libros. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley en Colombia.

INDICE

Preámbulo	7
Capítulo I	
Las desgracias no vienen solas	9
Capítulo II	
Ignorancia, Miseria y Violencia	30
Capítulo III	
En la caldera del diablo	43
Capítulo IV	
La vida trae sorpresas	67
Capítulo V	
Una luz de esperanza	79
Capítulo VI	
Por los senderos de la realidad	93
Capítulo VII	
¿La verdad desconocida?	102
Capítulo VIII	
Reflexionando alrededor de la vida	106
Otras obras del autor	114

PREAMBULO

—Después de leer algunos de sus escritos relacionados con la violencia en Colombia, quisiera que nos reunamos para narrarle en detalle, una historia real llena de sacrificios, privaciones y desgracias, porque deseo que la plasme en un libro, que por su crudeza estoy segura despertará atención de sus lectores. Soy Deyanira Salas estudiante de Sociología en la Universidad Nacional—

—¿Desea escribir una novela o una crónica?—

—No es una novela. Es una verdad relatada en forma de autobiografía analítica, para que en el futuro, cuando sociólogos y psicólogos, investiguen orígenes, causas y el contexto de violencia que azota a Colombia, encuentren herramientas y datos medibles y verificables en el proceso de la conclusión científica en torno al tema—

—La vida de cada persona arroja información suficiente para escribir un libro, que puede ser biografía, novela, reportaje, crónica, testimonio periodístico, etc.—

—Más que escribir un testimonio periodístico, la idea es plasmar un relato pormenorizado de sucesos fuera de lo común dentro del esquema descriptivo de la literatura comercial, signada por la ficción que se aleja de la realidad y que en forma consciente o inconsciente, separa al lector del mundo en que vive, con el agravante complemento, que la deshumanización halla terreno abonado para cultivarse—

—Entonces, manos a la obra—

El posterior relato de la joven que aquella tarde habló al otro lado de la línea telefónica, dotada de manifiesta seguridad en la voz, resultó ser un vibrante ejemplo de auto-superación, por demás, convertido en el libro de mi autoría, más leído en los Estados Unidos y Europa. “Deyanira, canto de guerra y paz” escrito en el año de 1998 en la cálida ciu-

Coronel Luis Alberto Villamarín Pulido

dad de Neiva, condensa un testimonio desgarrador, impactante y veraz, que perfila los rasgos de la violencia intrafamiliar, como primer puntal de la violencia social, que afecta con marcada incidencia negativa a los campesinos colombianos.

La vida de cada ser humano en particular hace parte del componente sociológico global. La novela difiere de la realidad porque el novelista imagina y aproxima los hechos a lo que piensa o intuye pudo haber sucedido. El testimonio personal narrado sin prevenciones, arrolla con fuerza avasalladora. Desde esa óptica, Deyanira, canto de guerra y paz, es un relato real carente de suposiciones, escrito para invitar a los lectores a reflexionar en torno a otra realidad del campesinado colombiano, padecida en carne propia por los olvidados compatriotas quienes por ser labriegos, parecieran estar destinados a que se les observe como personas de baja categoría.

Relatada en primera persona, la obra es una protesta que invita a reflexionar, en torno a las desigualdades sociales que sumen a los campesinos colombianos en la ignorancia, la pobreza y la violencia, por lo tanto contiene elementos de guerra y paz, acumulados en la existencia de una inteligente e inquieta joven, que después de soportar crueles padecimientos, halló reposo solaz en los libros y en las aulas, para perdonar y olvidar amargas experiencias vividas al lado de quienes fueron sus verdugos durante más de tres lustros.

Ojalá que el contenido de este documento, sensibilice los espíritus y recuerde a los lectores con poder decisorio, la obligación que les asiste como funcionarios públicos que son, para propender por la educación integral de sus gobernados y así, evitar que la dramática senda de martirio transitada por Deyanira, sea pisada por cientos o quizás miles de campesinos que se encuentran inmersos en el mismo laberinto de violencia.

El autor

CAPITULO I

LAS DESGRACIAS NO VIENEN SOLAS

—¿Cuál fue la aún inexplicada circunstancia que forzó a mi mamá, para que abandonara a sus hijos, cuando yo era aún una niña indefensa?—

—¿Ingresaría a las Farc en condición de enfermera, como se rumoró entonces? —

—¿Moriría asesinada por los narcotraficantes?—

—¿Contrataría mi padrastro a unos sicarios para asesinarla?—

—Si está viva, ¿cuál será el destino actual de su turbulenta existencia?—

— ¿Cuál será la razón para que por extraña coincidencia, las desgracias se ensañen contra quienes sufren dolorosos avatares del destino?—

— ¿Por qué razón viví tantos años enclaustrada en medio de la zozobra, la violencia y el sufrimiento?—

Estas y otras preguntas, anotadas en una hoja de cuaderno suelta, revoloteaban por mi cerebro con la agudeza que desprenden lacerantes cavilaciones, propias de las dificultades características en el curso de vidas humanas marcadas por el sino trágico.

Recapacité una y mil veces alrededor de aquellas dudas afines al mismo tema, resumido en una conclusión desgarradora: mi vida cambió a partir del nefasto día en que mi madre Alba María Salas Perdomo, desapareció del puesto de salud de Remolino del Caguán en el Caquetá, donde trabajaba como enfermera para atender los primeros auxilios de los habitantes del pintoresco caserío,

Coronel Luis Alberto Villamarín Pulido

construido por colonos a orillas del caudaloso río que lleva el mismo nombre. En el lejano y monótono poblado, donde los delincuentes de diversas pelambres hacen la ley a expensas de la fuerza bruta, con la humildad propia de su ignorancia, los campesinos, los cocaleiros y los sencillos habitantes en general, la llamaban doctora o médica, atribuyéndole un importante estatus social en pleno corazón de la manigua.

Interesada en narrar en detalle y con sentido crítico, episodios que pese a la dimensión del drama que en cierran, pasan las más de las veces inadvertidos para una sociedad que perdió la capacidad de asombro, decidí hacer pública una parte de mi vida, cuyo común denominador fueron las crueldades, los sufrimientos y muchas adversidades, por fortuna superadas.

Joven e ingenua, pero aguerrida, corajuda y laboriosa como todas las campesinas tolimenses, a muy temprana edad, Alba María, se desposó con Antonio Rodríguez en la capilla de los fieles católicos en el municipio de Rioblanco-Tolima.

Como si el inicio de las desgracias que signaron su tempestuosa vida fuera el espacio abierto para la velocidad siniestra, mi madre quedó embarazada cuando apenas acababa de cumplir 16 años. Nueve meses después nació José mi hermano mayor, hoy suboficial retirado de la Policía Nacional, debido las heridas causadas en combate, unos guerrilleros del Eln durante el asalto al cuartel donde trabajaba en el nordeste antioqueño.

Un año más tarde, nació mi hermana Gloria. En realidad, mi madre no disfrutó de la luna de miel ni de la experiencia de compartir en pareja sueños juveniles, ilusiones o esperanzas cifradas. Aunque algunas dificultades de orden económico y de bienestar general rodeaban el entorno existencial de Alba María y Antonio, la primera